

Nicolás Javier Rodríguez-Partidas

<https://doi.org/10.35381/s.v.v10i19.5128>

Resiliencia en la sociedad actual: una mirada humana, social e interdisciplinaria

La sociedad actual se encuentra atravesada por transformaciones que impactan la vida personal, familiar, institucional y comunitaria. Las crisis sanitarias, la incertidumbre económica, los conflictos sociales, la fragilidad de los vínculos humanos y la aceleración tecnológica han configurado escenarios complejos que exigen nuevas formas de comprensión y respuesta. En este contexto, la resiliencia adquiere especial relevancia como capacidad para enfrentar la adversidad, adaptarse a los cambios y reconstruir el sentido de la existencia ante situaciones que ponen a prueba la estabilidad emocional, social, ética y espiritual.

La resiliencia no debe entenderse como una actitud ingenuamente optimista ni como una simple resistencia ante las dificultades. Constituye un proceso dinámico mediante el cual las personas, los grupos y las comunidades reorganizan sus recursos internos y externos, aprenden de las experiencias adversas y generan posibilidades de crecimiento. Ser resiliente no significa negar el dolor, la pérdida o la incertidumbre, sino reconocerlos como parte de la condición humana y, desde allí, construir respuestas más conscientes, solidarias y transformadoras.

Desde una mirada interdisciplinaria, la resiliencia se relaciona con la salud física y mental, la educación, la familia, la cultura, la economía, la participación social y las condiciones institucionales que favorecen o limitan el bienestar. Por ello, no puede reducirse a una responsabilidad exclusivamente individual. Su desarrollo requiere entornos protectores, vínculos significativos, oportunidades reales y políticas orientadas a la dignidad humana. Una sociedad resiliente no es aquella que obliga a soportar la adversidad, sino aquella que crea condiciones para superarla con justicia y humanidad.

Las experiencias recientes han evidenciado la vulnerabilidad de la humanidad frente a situaciones inesperadas. La pandemia por COVID-19 mostró la fragilidad de los sistemas de salud, las desigualdades sociales, el aislamiento emocional y la necesidad de fortalecer redes de apoyo. Sin embargo, también permitió visibilizar la capacidad de cuidar, acompañar, reinventar prácticas y sostener la vida en medio de la incertidumbre. En ese proceso, la resiliencia se expresó como fortaleza personal, pero también como respuesta colectiva fundada en la cooperación, la solidaridad y el compromiso comunitario.

Nicolás Javier Rodríguez-Partidas

En el ámbito de la salud, la resiliencia constituye una dimensión esencial del cuidado. Los profesionales sanitarios enfrentan diariamente presión emocional, sufrimiento humano, decisiones complejas y demandas institucionales que requieren equilibrio y vocación. No obstante, resulta insuficiente exigir resiliencia a quienes cuidan si no se garantizan condiciones laborales dignas, apoyo organizacional y una cultura institucional humanizada. La resiliencia en salud debe ser personal, profesional e institucional, orientada siempre a proteger la vida y a garantizar una atención sensible, ética y oportuna.

En el campo educativo, la resiliencia permite formar personas capaces de pensar críticamente, convivir con otros, resolver problemas y enfrentar los cambios sin perder el sentido ético de la vida. Educar para la resiliencia implica fortalecer habilidades socioemocionales, autoestima, empatía, responsabilidad y participación. La familia y la comunidad, por su parte, cumplen una función decisiva al ofrecer apoyo afectivo, pertenencia y acompañamiento ante las dificultades. Cuando las personas no enfrentan la adversidad en soledad, aumentan las posibilidades de reconstrucción y bienestar.

No obstante, la resiliencia no debe utilizarse para normalizar la desigualdad, la pobreza, la exclusión o el abandono institucional. En contextos donde faltan servicios básicos, protección social, acceso a la salud o educación de calidad, pedir resiliencia sin promover justicia puede convertirse en una forma de indiferencia. La resiliencia auténtica exige derechos, equidad, inclusión y políticas públicas que permitan a las personas desarrollar sus capacidades en condiciones dignas. Su sentido más profundo es ético, porque llama a transformar los entornos que producen vulnerabilidad.

En definitiva, la resiliencia representa una respuesta humana frente a la adversidad y una posibilidad de transformación para la sociedad contemporánea. Su valor no radica únicamente en resistir los momentos difíciles, sino en aprender de ellos, reconstruir vínculos, fortalecer capacidades y avanzar hacia formas más solidarias de convivencia. La sociedad actual necesita personas resilientes, pero también familias, instituciones, comunidades y políticas resilientes. Pensar la resiliencia es pensar la salud, la vida y el futuro compartido de una humanidad que requiere esperanza activa, dignidad y compromiso social.

Dr. Nicolás Javier Rodríguez Partidas. Ph.D

nicolas.rodriguez702@gmail.com

Fundación Koinonía, Santa Ana de Coro, Falcón, República Bolivariana de Venezuela

<https://orcid.org/0000-0001-8813-2080>